

- Terminamos rezando el Salmo 25: "A ti, Señor, me dirijo suplicante".

A ti, Señor, me dirijo suplicante;
Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado,
que mis enemigos no se rían de mí.
No quedará defraudado el que en ti espera:
quedarán avergonzados los que traicionan sin motivo.

Muéstrame, Señor, tus caminos, instrúyeme en tus sendas.
Guíame en tu verdad; instrúyeme,
pues tú eres el Dios que me salva: en ti espero todo el día.

Acuérdate, Señor, de que tu ternura y tu amor son eternos.
No recuerdes los pecados ni las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí, por tu amor, por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y recto;
enseña el camino a los pecadores,
guía por la senda del bien a los humildes,
instruye a los humildes en su camino.

Todas las sendas del Señor son amor y fidelidad
para quien guarda su alianza y sus mandamientos.

3ª SESIÓN

Y LO SEGUÍA POR EL CAMINO

(Mc 10,46-52)

MONICIÓN DE ENTRADA

En la sesión de ayer escuchábamos la invitación de Jesús a ir tras Él e identificarnos con su estilo de vida y con su destino. Pero, al igual que los primeros discípulos, sabemos que esto no es algo fácil, experimentamos nuestra debilidad y tenemos dificultades para aceptar el camino que nos propone. Reconocer que el seguimiento de Jesús compromete toda nuestra vida puede conducirnos al desánimo. El pasaje de hoy nos ofrece una salida a esta situación. En él descubriremos que el discipulado no depende de nuestras fuerzas: es obra de Dios. Ante los momentos de oscuridad en el seguimiento, Jesús solo nos pide acercarnos a Él y dejar que realice en nosotros el milagro. Él puede curar nuestra ceguera y transformarnos para ser discípulos suyos.

LECTURA

Después de la segunda llamada a los discípulos en Cesarea de Filipo y del diálogo que mantiene con ellos acerca de su mesianismo, Jesús inicia con los Doce un viaje que finalizará en Jerusalén. A lo largo del camino, les instruirá acerca del seguimiento mientras ellos darán continuas muestras de no entender lo que les está diciendo. La escena que vamos a leer se sitúa inmediatamente antes de la llegada a la ciudad santa. El protagonista es un ciego llamado Bartimeo. Él, al igual que los discípulos, no puede ver. Sin embargo, la súplica confiada en Jesús provocará en él una fuerte transformación, aquella que los discípulos no pueden realizar por sí mismos. Bartimeo se convierte así en ejemplo de cómo alguien es capaz de traspasar la lógica meramente humana para entrar en la lógica de Dios y poder así seguir a Jesús por el camino.

Hacemos un momento de silencio en nuestro interior preparándonos para acoger la Palabra del Señor.

PROCLAMACIÓN DE MC 10,46-52

Llegaron a Jericó. Más tarde, cuando Jesús salía de allí acompañado por sus discípulos y por bastante gente, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Cuando se enteró de que era Jesús el Nazareno quien pasaba, se puso a gritar:

–¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!

Muchos lo reprendían para que callara. Pero él gritaba todavía más fuerte:

–¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

–Llamadlo.

Llamaron entonces al ciego, diciéndole:

–Ánimo, levántate, que te llama.

Él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

Jesús, dirigiéndose a él, le dijo:

–¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

–Maestro, que recobre la vista.

Jesús le dijo:

–Vete, tu fe te ha salvado.

Y al momento recobró la vista y le siguió por el camino.

Leemos de nuevo el pasaje personalmente y tratamos de responder a las siguientes preguntas.

- ¿Cuál es la situación de Bartimeo al principio y al final del relato? ¿Qué ha cambiado?
- ¿Cuál es la actitud de la gente de Jericó?
- ¿Qué hace y dice Jesús?

MEDITACIÓN

Bartimeo simboliza a todos aquellos que son incapaces de comprender y asumir las exigencias del seguimiento. En él también nos podemos ver reflejados cada uno de nosotros cuando sentimos que el camino de Jesús no es fácil, cuando no vemos claro y, en lugar de seguir adelante, nos apartamos de él. El texto nos muestra además que el origen de la ceguera está en no conocer a Jesús ni atrevernos a asumir su destino.

El pasaje nos recuerda que es el encuentro con Jesús el que nos cura y que esta sanación es un don, no algo que podamos alcanzar con nuestras propias fuerzas. Por eso, cuando nos sentimos incapaces de seguir adelante o cuando el camino que Jesús nos propone nos resulta demasiado difícil, tenemos que acercarnos una y otra vez a Él y, al igual que Bartimeo, suplicarle: ¡Señor, que vea! Muchas veces hemos experimentado lo inútil que es querer andar por otros caminos. Pero el de Jesús requiere fe y ésta solo se alcanza a través de una súplica confiada.

- ¿En qué situaciones me he sentido ciego?
- ¿Qué responderíamos a Jesús si nos hiciera la pregunta que le hizo a Bartimeo?
- ¿Qué nos ayuda a mantenernos firmes en el seguimiento de Jesús?
- ¿Qué es para cada uno de nosotros “recuperar la vista”?

ORACIÓN

En este momento de oración, nos identificamos con Bartimeo que, sentado al borde del camino, con sus miedos y oscuridades, siente que Jesús pasa a su lado y le grita: ¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!

- Proclamamos de nuevo Mc 10,46-52.
- Durante unos minutos de silencio recordamos nuestras dificultades para asumir el camino de la entrega que Jesús nos propone y, al igual que el ciego, le pedimos que nos ayude a recobrar la vista.
- Compartimos nuestra oración de petición o de acción de gracias.